

www.elboomeran.com

Anónima

Una mujer en Berlín

Anotaciones de diario escritas
entre el 20 de abril
y el 22 de junio de 1945

Introducción de Hans Magnus Enzensberger

Traducción de Jorge Seca



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Título de la edición original:
Eine Frau in Berlin
© Eichborn AG
Frankfurt, 2003

Publicado con la ayuda del Goethe-Institut, Madrid

Diseño de la colección:
Julio Vivas
Ilustración: montaje a partir de una foto © Yergency Khnaldei / CORBIS

© Hannelore Marek, 2002
© De la introducción: Hans Magnus Enzensberger, 2003
© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2005
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 84-339-7076-3
Depósito Legal: B. 36915-2005

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2249, km 7,4 - Polígono Torrentfondo
08791 Sant Llorenç d'Hortons

PRÓLOGO A LA PRIMERA EDICIÓN, DE 1954

La autora escribió estos apuntes con letra muy menuda en tres cuadernos escolares entre el 20 de abril y el 22 de junio de 1945. A partir de julio de 1945 pasó estos cuadernos a máquina para una persona muy vinculada a ella. En ese proceso, las palabras fueron convirtiéndose en frases. Los esbozos fueron cobrando sentido, se añadieron recuerdos. Los garabatos sobre trozos sueltos de papel fueron encontrando su sitio en el lugar correspondiente. Surgieron así 121 páginas mecanografiadas sobre aquel papel gris de la guerra con apenas separación entre líneas. Años después llegaron éstas a ojos de algunos conocidos de la autora, entre ellos el escritor Kurt W. Marek (C. W. Ceram), quien consideró que aquello iba más allá de las vivencias personales y representaba el documento de una época. Puso el texto en manos de un editor de Nueva York. Éste publicó una traducción en otoño de 1954. En el verano de 1955 siguió la edición británica. Desde entonces aparecieron traducciones en sueco, noruego y holandés, en danés e italiano, en japonés y español, en francés y en finlandés.

La comprensiva acogida de su informe en tantos paí-

ses unido a su confianza en la fuerza curativa del tiempo transcurrido desde aquel entonces, convencieron a la escritora para dar su visto bueno a una edición en lengua alemana. Por pura discreción se modificaron o camuflaron todos los nombres propios y gran cantidad de detalles contenidos en el manuscrito. Que la escritora desee permanecer en el anonimato es algo que cualquier lector comprenderá sin más. De todos modos, su protagonismo es circunstancial, porque lo que se ilustra aquí no es ningún caso concreto de interés, sino el gris destino compartido por innumerables mujeres. Sin su declaración, la crónica de nuestra época, escrita hasta la fecha casi exclusivamente por varones, sería parcial e incompleta.

Una mujer en Berlín

Crónica, comenzada el día en que Berlín
encaró por primera vez la batalla

VIERNES, 20 DE ABRIL DE 1945, CUATRO
DE LA TARDE

Sí, la guerra viene arrollando sobre Berlín. Lo que ayer era tan sólo un retumbar lejano es hoy un redoble constante. Se respira fragor de mortero. El oído, ensordecido, ya sólo percibe los disparos del calibre más grueso. Hace ya mucho que dejó de distinguirse su procedencia. Vivimos en un cerco de cañones que se va estrechando con cada hora que pasa.

De vez en cuando hay horas de un silencio inquietante. De pronto se le pasa a una por la mente que es primavera. A través de las ruinas calcinadas del barrio sopla vaporosamente el aroma de las lilas desde jardines sin dueño. El muñón de la acacia de delante del cine ha reverdecido rabiosamente. En algún momento, entre las alarmas, los jardineros deben de haber cavado, pues en los cenadores de la Berliner Strasse se ve tierra recién labrada. Sólo los pájaros desconfían de este abril; nuestros canalones están sin gorriones.

A eso de las tres, el repartidor de periódicos detuvo su

vehículo junto al quiosco. Ya había unas veintitantas personas esperándole con impaciencia. En un abrir y cerrar de ojos desapareció en una nube de manos y monedas de diez pfennigs. Gerda, la mujer del portero, pescó un puñado de ejemplares de la «edición de noche» y me dejó uno. Ya no es un periódico de verdad sino tan sólo una especie de edición extra, impreso a dos páginas y con la tinta todavía húmeda. De camino, lo primero que leí fue el parte de guerra. Nuevos nombres de localidades: Müncheberg, Seelow, Buchholz. Suenan condenadamente cercanos, ya en la Marca de Brandeburgo. Un vistazo al frente del oeste. ¿Qué nos importa ese frente a nosotros en estos momentos? Nuestro destino viene arrollando como un rodillo por el este y transformará nuestro clima como antaño lo hizo la era glacial. ¿Por qué? Una se atormenta con preguntas estériles. Tan sólo quiero vivir el día a día, acometer las tareas cotidianas.

Alrededor del quiosco hay muchos grupos de personas, rostros lechosos, murmullos:

«No puede ser. Quién se habría imaginado algo así.»

«A todos nos quedaba un resto de esperanza.»

«Ya no le importamos a nadie. Estamos apañados.»

Y refiriéndose al oeste de Alemania: «Los de allí lo llevan bien. Lo han superado.» La palabra «rusos» no la pronuncia nadie. No quiere salir de los labios.

De nuevo en la buhardilla. No es mi hogar. Ya no tengo ninguno. A decir verdad, la habitación amueblada que destruyeron en un bombardeo tampoco era mía. De todas formas, en el transcurso de los seis años que habité en ella, la llené con mi aliento de vida. Con mis libros y cuadros y los cientos de cosas que una va amontonando consigo. Mi estrella de mar del último verano de paz en la isla de Norderney. El tapiz que me trajo Gerd de Persia. El desperta-

dor abollado. Fotos, viejas cartas, la cítara, mis monedas de doce países, el bordado comenzado... Todos los recuerdos, pieles, cáscaras, posos, todos los cachivaches latentes de los años vividos.

Ahora que todo ha desaparecido y tan sólo me queda una maleta pequeña con ropa, me siento desnuda y ligera. Como ya no poseo nada, me siento dueña de todo. De esta buhardilla ajena, por ejemplo. Bueno, tampoco es del todo ajena. El propietario es un antiguo colega mío del trabajo. Muchas veces estuve aquí como invitada, cuando aún no le habían llamado a filas. Hacíamos negocios muy de moda en esos tiempos: sus latas danesas de carne en conserva por mi coñac francés; mi jabón francés por las medias que recibía él vía Praga. Aún tuve tiempo para comunicarle que habían bombardeado mi casa y me dio permiso para mudarme aquí. La última vez que recibí noticias suyas fue desde Viena, donde trabajaba para el ejército en el Departamento de Censura. ¿Dónde estará ahora...? En cualquier caso, las buhardillas no andan muy solicitadas. Además, están llenas de goteras porque las tejas están destrozadas en parte o se las llevó el viento.

No encuentro calma aquí arriba, voy de un lado a otro sin descanso por las tres habitaciones del piso. De manera sistemática he registrado todos los armarios y alacenas en busca de algo útil, esto es, en busca de algo comestible, bebible, combustible. Por desgracia sin encontrar prácticamente nada. La señora Weiers, que hacía la limpieza aquí, se me habrá adelantado. Ahora todo es de todos. Apenas se tiene apego a las cosas, ya no se hace una distinción clara entre la propiedad de uno y la de los demás.

Enganchada en el borde de un cajón encontré una carta dirigida al propietario. Me daba vergüenza leerla, y

sin embargo lo hice. Una enamorada carta de amor. La tiré al retrete. (Por ahora seguimos teniendo agua la mayor parte del tiempo.) Corazón, dolor, amor, impulsos. Qué palabras más lejanas y extrañas. Por lo visto, una vida amorosa refinada y exigente presupone una sucesión regular de comidas. Mi centro vital es, mientras escribo estas líneas, la barriga. Todo pensamiento, sentimiento, deseo y esperanza comienza en la comida.

Dos horas más tarde. El hornillo de gas está prendido con una llama mortecina. Hace horas que las patatas están cociéndose. Las patatas más miserables del campo, que ni sirven para destilar, se desintegran hasta hacerse puré y saben a cartón. Una me la tragué medio cruda. Desde esta mañana temprano me estoy atiborrando. En la tienda de Bolle canjeé los cupones de la leche que me envió Gerd en navidades. Ya era hora. La vendedora servía con la lechera muy inclinada y dijo que ya no iba a llegar más leche a Berlín. Eso significará mortalidad infantil.

En la calle di algunos sorbos. En casa me llené el estómago de puré de sémola y a continuación engullí un pedazo de pan. En teoría estoy satisfecha como hacía mucho tiempo que no lo estaba. En la práctica me atormenta un hambre bestial. Por comer me he convertido en una persona hambrienta de verdad. Ciertamente existe una explicación científica para este hecho. Parece que la comida excita la secreción gástrica y predispone los jugos para la digestión. Y cuando éstos se disponen a cumplir su cometido, resulta que el proceso termina abruptamente debido a la escasa ingesta. Entonces los jugos gástricos protestan.

Revolviendo entre los escasos restos de la biblioteca del dueño de la casa (también encontré allí la libreta sin usar en la que estoy escribiendo ahora mismo), abrí una novela al azar. Ambiente nobiliario inglés; en ella la si-

guiente frase más o menos: «... arrojó una mirada fugaz sobre su intacta comida, se levantó y se fue de allí...». Ya había avanzado unas diez líneas más en la lectura cuando volví a ese pasaje como atraída por una fuerza magnética. La leí quizás una docena de veces y me sorprendí arañando las letras con las uñas como si pudiera entresacar esa comida —prolijamente descrita con anterioridad— desde la letra impresa. Vaya locura. Es el comienzo de una demencia leve por hambre. Es una lástima no poder verificar esta suposición en la novela *Hambre* escrita por Hamsun. Incluso si no hubieran bombardeado mi casa, tampoco poseería yo el libro. Hace más de dos años me lo robaron en el metro. Lo llevaba en la bolsa de la compra envuelto con una cubierta de fibra de rafia. Al parecer, el ladrón lo confundió con la cartilla de racionamiento. ¡Pobre! ¡Qué decepción debió de llevarse! Por cierto, ésa sería una historia que le habría gustado a Hamsun.

Esta mañana en la panadería circulaba este rumor: «Cuando vengan se llevarán todos los comestibles de las casas. No nos darán nada. Han acordado que los alemanes pasemos hambre durante ocho semanas al menos. En Silesia la gente sale ya a los bosques a cavar en busca de raíces. Los niños la palman. Los viejos comen hierba como las bestias.»

Hasta aquí la opinión popular. Nadie sabe nada. Ya no hay reparto del *Völkischer Beobachter*. Ya no hay ninguna señora Weiers que venga a leerme durante el desayuno las líneas de la infamia en negrita. «Deshonrada una anciana de setenta años. Monja violada veinticuatro veces.» (Pero ¿quién iba contando las veces?) Así son los titulares. ¿Pretenden acaso incitar a los hombres de Berlín a protegernos y defendernos a nosotras, mujeres? Qué ridículo. Lo que de verdad consiguen así es que miles de mujeres y

de niños indefensos huyan hacia el oeste por las carreteras de evacuación donde con toda probabilidad morirán de hambre o reventarán por el fuego de las ametralladoras. Al leer le brillaban los ojos a la señora Weiers y se le abrían mucho. Algo en ella gozaba con el horror. O quizás su subconsciente se alegraba de que no le hubiera tocado a ella. Pues tenía miedo, y quería marcharse a toda costa. No la he visto desde anteaayer.

La radio lleva cuatro días muda. Una y otra vez nos damos cuenta de los objetos de dudoso valor que nos ha procurado la técnica. No tienen ningún valor en sí, son valiosos siempre y cuando haya una conexión o un enchufe. El pan tiene un valor absoluto. El carbón tiene un valor absoluto. Y el oro es oro en Roma, Perú o Breslau. En cambio la radio, la cocina de gas, la calefacción central, el hornillo eléctrico, todos esos grandes regalos de la era moderna no son más que un lastre inútil en cuanto falla la central. Nos encontramos en estos momentos de regreso a siglos pasados. Somos habitantes de las cavernas.

Viernes, aproximadamente las siete de la tarde. He hecho rápidamente un último viaje en tranvía en dirección al ayuntamiento. Ecos de explosiones, zumbidos, sonido incesante de la artillería. La revisora tenía que alzar su débil voz contra el fragor. Yo devoraba los rostros de las personas. En ellos se refleja lo que nadie pronuncia. Nos hemos convertido en una nación de mudos. Sólo en el ambiente familiar de los refugios antiaéreos se atreve la gente a hablar entre sí. ¿Cuándo volveré a viajar en tren? ¿Existirá ese día? En la hoja informativa pone que a partir de mañana los billetes de las categorías I y II, con los que nos han estado jorobando estas últimas semanas, dejarán de ser válidos... Únicamente los poseedores de la tarjeta roja de la categoría III podrán utilizar los medios de trans-

porte públicos. Así que quizás una de cada cuatrocientas personas. Así que ninguna. Así que se acabó.

Tarde fría, grifos secos. Mis patatas siguen cociéndose al calor de la diminuta llamita de gas. He estado haciendo cosas, llené unas bolsas con guisantes, cebada, harina y achicoria, y las amontoné en una caja de cartón. Otro hatillo más que arrastrar al refugio. Tuve que desatar los nudos de nuevo cuando me acordé de que me había olvidado de la sal. Sin sal, el cuerpo no puede aguantar, al menos no por mucho tiempo. Y debemos prepararnos para una larga temporada en el refugio.

Viernes, 11 de la noche, en el refugio, a la luz de una lamparilla de petróleo, mi libreta sobre las rodillas. Hacia las diez cayeron tres o cuatro bombas seguidas. Simultáneamente se puso a aullar la sirena de alarma. Eso significa que ahora la accionan manualmente. No hay luz. Desde el martes hay que bajar las escaleras a oscuras. A tientas y a trompicones. En algún lado chirría una dínamo manual arrojando sombras gigantescas sobre la pared de la escalera. El viento sopla a través de los cristales rotos y hace traquetear las persianas para el oscurecimiento que ya nadie se preocupa de bajar... ¿Para qué?

Pies que escarban. Granadas que estallan. Lutz Lehmann grita: «¡Mamá!» El camino al refugio va desde la calle hasta la entrada lateral, luego hay que ir escaleras abajo, recorrer un pasadizo y pasar por el patio ancho a cielo abierto, con el firmamento y el zumbido de avispa de los aviones que nos sobrevuelan. Otra vez escaleras abajo, umbrales, pasillos. Por fin, tras una puerta de hierro que pesa toneladas, con doble palanca de cierre y con los bordes revestidos de caucho, nuestro refugio. Oficialmente denominado espacio de protección. Nosotros lo llamamos cueva, submundo, catacumba del miedo, fosa común.